

sobre Mœsskirch á la cabeza de la brigada de Molitor y la dispone hábilmente para el ataque, á pesar de la infantería austriaca, que la dirige un fuego mortífero desde el arrabal de Mœsskirch. Carga con furor aquella denodada tropa, y penetra en Mœsskirch mientras dos batallones van á tomar su vuelta por las alturas. Montrichard, que hasta entonces no había podido salir del bosque, aprovecha aquel momento para presentarse en el llano descubierto que en un principio nos fué tan fatal. Precipitase en cuatro columnas, acometiendo de frente á la artillería de los austriacos ya algo desconcertados con tantos ataques simultáneos; las cuatro columnas de Montrichard llegan á un barranco al pie de las alturas, le atraviesan, y asaltan la mesa de Mœsskirch en el instante mismo en que las tropas de Vandamme, que habían invadido el pueblo, comenzaban á desembarcar por él. Huyen los austriacos por todas partes: su reserva, desviando un tanto á retaguardia y situada en Rhordorf, cree llegado el momento de maniobrar; pero las divisiones de Vandamme y de Montrichard reunidas la obligan á detenerse.

Éramos ya dueños en aquel momento de toda la línea de Mœsskirch á Heudorf; pero Mr. de Kray, advirtiendo con gran perspicacia el punto vulnerable de nuestra posición, destaca una parte de sus fuerzas y las coloca á nuestra izquierda sobre la mesa de Krumbach, desde donde nos amaga por flanco y espalda. La división de Lorges, que ocupaba á Heudorf, estaba expuesta á ser sacrificada, porque la reserva de granaderos austriacos se precipitaba entera sobre aquella desgraciada división, que después de haber tomado y vuelto á tomar Heudorf repetidas veces, estaba rendida de fatiga. Iban á aniquilarla al mismo tiempo el fuego de la artillería y la infantería austriaca en masa; pero felizmente Moreau, advertido por la violencia del cañoneo, apresuró su marcha. Llega por fin á la entrada del bosque con su cuerpo formado por las divisiones de Delmás, Bastoul y Richepanse; envía inmediatamente sobre Heudorf por la izquierda la división de Delmás á socorrer á la división de Lorges: aquella valiente tropa de refuerzo hace cambiar la suerte, pone en derrota á los granaderos austriacos y vuelve á apoderarse de Heudorf y de los bosques que le dominan. Pero al mismo tiempo que á nosotros, llegan tropas de refresco á Mr. de Kray. Su derecha, formada con las fuerzas del archiduque Fernando y del general Giulay que Saint-Cyr iba siguiendo paso á paso desde el principio de las operaciones, aunque á mucha distancia, llamada súbitamente al campo de batalla y dirigida por entre Heudorf y Krumbach, marcha sobre el flanco mismo de la división de Delmás y la pone á riesgo de verse envuelta. Una parte de ésta hace al punto frente á la izquierda; la 57.^a, que había merecido en Italia el renombre de la Terrible, forma en batalla y lucha más de una hora contra las masas austriacas batida por diez y seis piezas, á las cuales el general Delmás sólo puede oponer cinco, desmontadas en breve. Aquella heroica tropa permanece incontrastable delante de un espantoso fuego, y consigue detener al enemigo. Moreau, corriendo de un cuerpo á otro, ya para situarlos, ya para infundirles ánimo, manda la división de Bastoul á socorrer á la división de Delmás; llega en el momento mismo en que los austriacos, no pudiendo arrollarla, procuraban impedir aquel refuerzo

desplegándose sobre la mesa de Krumbach para interceptar nuestras comunicaciones, y ya descendían de la altura al camino é iban á mezclarse con la columna de nuestros bagajes. De modo que la batalla después de comenzada en Mœsskirch se extendió á Heudorf, y de Heudorf á Krumbach, ocupando el ángulo entero de aquella vasta posición, inundándose de fuego, de sangre y de despojos. En tan crítica circunstancia, la división de Bastoul sostiene dignamente los esfuerzos de la división de Delmás; pero va á ser envuelta si el enemigo consigue descender de la altura de Krumbach y apoderarse de la carretera, por donde llegan nuestras tropas. Felizmente, la división de Richepanse acude á tiempo al punto decisivo, fórmase en columnas de ataque, trepa á la mesa de Krumbach á pesar de un fuego vivo y certero y envuelve al archiduque Fernando, que se había propuesto envolvernos á nosotros. Hecho este esfuerzo, no le quedaba auxilio ninguno á Mr. de Kray para obrar como Richepanse, y tuvo que dar la señal de retirada, dejándonos vencedores por todas partes desde Krumbach á Heudorf y desde Heudorf á Mœsskirch.

En aquel momento las tropas de Saint-Cyr se hallaban á algunas leguas de distancia en Neuhausen-ob-Eke. Si se hubiera presentado á tiempo, el ejército austriaco quedaba derrotado, y en vez de una victoria ordinaria alcanzábamos una de esas victorias ruidosas que ponen término á una campaña. ¿Qué fatal inacción le hacía, pues, permanecer inútil tan cerca del lugar donde su presencia sola podía decidir la suerte de la guerra? Asunto es este muy difícil de explicar. Saint-Cyr sostenía al día siguiente que no se le había enviado orden ninguna; Moreau respondió que se las había enviado repetidas veces con sus edecanes; Saint-Cyr replicó que hallándose tan cerca del lugar del combate, si se le hubiera despachado un solo oficial hubiera éste infaliblemente llegado á su presencia. Los partidarios de Moreau propalaban que Saint-Cyr, como mal compañero de armas, se había propuesto dejarlos perecer, así en Mœsskirch como en Engen.

En la vida militar hay, lo mismo que en la vida civil, mezquinos celos, acusaciones y calumnias. Las pasiones son por doquiera las mismas, y la guerra no es bastante por cierto á entibiarlas, moderarlas y contenerlas en sus justos límites; lo cierto es que Saint-Cyr, disgustado de la pandilla que rodeaba á Moreau, afectaba en cierto modo reducirse escrupulosamente al mando de su cuerpo, á cuyo frente guerreaba con rara perfección, sin suplir jamás en su cometido al general en jefe y esperando siempre para obrar que llegasen formalmente las órdenes que un lugarteniente debe saber prevenir, sobre todo oyendo los tiros del cañón. Saint-Cyr, que alegaba la proximidad para probar que si le hubieran mandado órdenes las habría recibido, se acusaba á sí mismo, porque la proximidad le hacía culpable por no haber acudido con una división por lo menos al paraje donde un terrible cañoneo anunciaba una lucha violenta y probablemente grandes peligros.

Pero pronto le veremos reparar con inmensos servicios la culpa que aparentemente cometió en aquella circunstancia.

Así los franceses como los austriacos se hallaban rendidos al fin de aquella jornada. No es posible saber

exactamente en medio de la confusión de las batallas el número de los muertos y de los heridos, pero debió ser grande en Mœsskirch. Debieron sucumbir por lo menos tres mil hombres del ejército francés y casi el doble del ejército austriaco; pero el francés estaba lleno de confianza porque había ganado el campo de batalla, y se proponía ponerse en marcha al día siguiente para continuar aquella serie de combates que, sin proporcionarle hasta ahora resultados decisivos, le aseguraban sin embargo una superioridad sostenida sobre el enemigo. El ejército austriaco, por el contrario, profundamente desalentado, no se hallaba en disposición de proseguir por mucho tiempo semejante guerra.

Después de la relación que acabamos de hacer, fácilmente adivinará cualquiera las censuras á que dieron lugar las operaciones de Moreau (1). Se había empeñado en un campo de batalla que de antemano no conocía; había dirigido fuerzas escasas sobre el verdadero punto de ataque, que era el camino de Klosterwald á Mœsskirch, apareciendo por el costado de esta población; se había puesto en marcha tarde; había hecho entrar todas sus divisiones unas en pos de otras en un bosque de donde no podía salirse sin sacrificar muchos soldados, y finalmente no había hecho acudir á Saint-Cyr al punto donde su presencia hubiera decidido una gran victoria. Mr. de Kray por su parte, después de haber dirigido con acierto su ataque sobre el punto vulnerable, que era nuestra izquierda, había cometido el error de dejar tomar á Mœsskirch; pero es preciso decir en descargo suyo que sus tropas estaban muy lejos de compararse con las tropas francesas en pericia y firmeza. Por otra parte empezaban á perder la confianza, y desde entonces ya no era fácil que resistiesen la vista y el ímpetu de los franceses.

A la mañana siguiente, 6 de mayo (16 floreal), se apresuró Mr. de Kray á pasar por detrás del Danubio para limitarse finalmente á aquella gran línea de operaciones. La ocasión era oportuna para irle á los alcances y cortarle el paso del río ó hacérselo por lo menos dificultoso. Marchó Moreau en línea por la izquierda del Danubio cerca del punto por donde pasaban los austriacos, pudiendo desbaratarlos con sólo revolver repentinamente sobre su izquierda. Saint-Cyr entonces formaba el ala que apoyaba en el Danubio; como había descansado la víspera, deseaba aprovechar aquella ocasión de obrar; vió á las tropas imperiales acudir con cierta precipitación hacia el punto de Sigmaringen donde el Danubio forma un contorno y una hondura que el ejército austriaco quiso ocupar y en el cual punto efectivamente se acumuló en su premura de pasar á la otra orilla. Veíale Saint-Cyr distintamente y á tiro de cañón en un espacio que hubiera sido apenas suficiente para una división, y de tal modo sorprendido á la vista de los franceses, que suspendió su paso ante una mera brigada de Ney, se puso en batalla y se protegió con el fuego de sesenta cañones. Al notar Saint-Cyr su aglomeramiento y turbación, creyó con certeza que podría arrojarle al Danubio con una sola carga de sus tropas reunidas. Hizo adelantar algunas piezas de artillería que derribaban de cada descarga filas enteras, pero que no

podía servir de batería contra las sesenta bocas de fuego de Mr. de Kray; esperaba llamar la atención de Moreau con aquel cañoneo, y hacer que pasase del cuerpo de reserva al cuerpo de la izquierda. Viendo que no llegaba, le envió un oficial para avisarle y para recibir la orden de atacar; pero la armonía había quedado rota: se creyó en el estado mayor, ó se fingió creer por lo menos, que Saint-Cyr quería seguir apoyando á la izquierda para aislarse más y obrar solo, y se le contestó mandándole la orden de apoyar á la derecha para unirse más de lo que solía con el cuerpo de reserva que formaba el centro del ejército. «Esta medida es indispensable, se le decía, para que el general en jefe pueda disponer de sus tropas de usted en caso de necesidad (2).» El sentido de esta orden indicaba claramente el ánimo del general en jefe y de los que le rodeaban; era evidente que Moreau se dejaba absorber por el mando de un solo cuerpo, y que la debilidad de su carácter daba origen á divisiones intestinas, siempre funestas, pero todavía más en los ejércitos que en otra parte alguna.

Mr. de Kray, por consiguiente, pudo evadirse sin peligro y juntar su ejército al otro lado del Danubio. Acababa de reunirse Mr. de Kienmayer con las tropas que llegaban de las orillas del Rhin y Mr. de Sztarray le seguía de cerca.

El ejército de Moreau había encontrado en Stokach y en Donau-Eschingen vastos almacenes, por lo cual de nada carecía, alentándole además la victoria conseguida y la ofensiva continua que había tomado. El 7 y el 8 de mayo (17 y 18 floreal) continuó Moreau marchando por la izquierda del Danubio, presentando una línea de batalla siempre demasiado extensa y haciendo pequeñas paradas para dar á Sainte-Suzanne tiempo de que le alcanzase.

El día 9 (19 floreal), sabiendo que Sainte-Suzanne, que llegaba por la orilla izquierda del Danubio, se hallaba por fin á la altura del ejército, abandonó por un día el cuartel general y pasó aquel río para inspeccionar las tropas recientemente llegadas. Estas tropas formaban para lo sucesivo su ala izquierda y Saint-Cyr el centro, y el cuerpo de reserva iba á hacer el papel de un cuerpo de refresco, como lo indicaba su nombre. Según todas las probabilidades, Mr. de Kray, ocupado en dar descanso á su ejército, iba á permanecer al otro lado del Danubio, pudiendo nosotros continuar el día 9 marchando adelante sin encontrar al enemigo. Dió orden Moreau á la derecha, es decir, á Lecourbe, de situarse el 9 en Wurzach y Ochsenhausen; á la izquierda que partiese á este último punto, y finalmente, al centro, es decir, á Saint-Cyr, que se adelantase más allá de Biberach con la izquierda observando al Danubio. Acercábase así bastante el ejército al Iller, describiendo una línea paralela con este confluente del Danubio. Moreau partió el día 9 de madrugada con intento de poder dedicar la jornada entera al cuerpo mandado por Sainte-Suzanne.

Mr. de Kray había tenido que tomar una resolución nueva é inesperada por un dictamen de un consejo de guerra, que juzgó conveniente salvar los inmensos almacenes de Biberach, para que no cayesen, como los de Engen y de Stokach, en manos de los franceses. Re-

(1) Véanse las *Memorias* de Saint-Cyr, p. 215 y sig., t. VI, campaña de 1800. (N. del A.)

(2) Saint-Cyr, p. 211, t. VI.

(N. del A.)

pasó con todo su ejército á la orilla derecha del Danubio por Riedlingen y fué á colocarse al frente y espaldas de Biberach. Había sido este lugar el teatro de una victoria conseguida en 1796 por Moreau, debida especialmente á Saint-Cyr, y volvió á serlo con fortuna para el ejército y para Saint-Cyr mismo.

Biberach se halla situado en el valle que inunda el Riess, valle de tal modo pantanoso que un hombre á caballo no puede internarse en él sin peligro, por lo cual es preciso pasarle por el mismo Biberach y por el puente que parte de esta pequeña población. Al entrar en este valle se atraviesa una especie de desfiladero practicado entre las alturas del Galgenberg por una parte y las de Biberach por otra. Pasado este desfiladero, aparece á la vista de repente Biberach: se atraviesa el pantano de Riess por el puente pegado al pueblo y al otro lado del pantano descuellera una soberbia posición llamada de Mettenberg, sobre la cual un ejército bien provisto de artillería puede fortificarse cumplidamente. No era el intento de Mr. de Kray situarse delante del desfiladero, teniendo tan angosta salida para el caso de una retirada; no podía situarse sino detrás de Biberach al otro lado del Riess, y sobre el mismo Mettenberg. Pero tampoco podía dejar á Biberach descubierto, y por consiguiente, después de haber apostado el grueso de su ejército sobre la posición de Mettenberg, colocó un cuerpo de ocho á diez batallones y de una docena de escuadrones delante del desfiladero de Mittelbiberach, para estorbar la marcha de los franceses y ganar tiempo para evacuar ó destruir la mayor parte de sus propios almacenes. Este proyecto era peligroso, sobre todo teniendo un ejército desmoralizado. Saint-Cyr, á quien se dió orden de ir á pernoctar algo más allá de Biberach, pronto descubrió la posición que los austriacos habían tomado, y mucho le pesó el no tener cerca al general en jefe, ó al menos á su jefe de estado mayor, para alcanzar de ellos las órdenes convenientes y sacar partido de aquel encuentro. Moreau estaba ausente; el general Dessoles tampoco estaba allí. Si Saint-Cyr hubiera tenido sus fuerzas reunidas, no hubiera dudado en arriesgar un ataque con su cuerpo solo; pero por desgracia hallábanse en parte dispersas. Obligado á observar el Danubio por su izquierda, consagró á este objeto la mejor de sus divisiones, que era la de Ney. Envió muchos oficiales en busca de éste; pero empeñado á lo largo de las sinuosidades del río por las más peligrosas y enmarañadas sendas, no era fácil dar con él y hacer que volviese atrás. Para atacar á una masa de sesenta mil hombres por lo menos, no tenía Saint-Cyr más que las dos divisiones de Thurreau y de Baraguay d'Hilliers, con la reserva de caballería del general Sahuc, agregado á su cuerpo. Mucho le tentaba la desmoralización del enemigo; pero la desproporción de las fuerzas le hacía dudar, cuando oyó de repente los fuegos del general Richepanse, que habiendo recibido orden de mantenerse en comunicación con Saint-Cyr y de pasar al otro lado del Riess por el puente de Biberach, llegaba al mismo punto por el camino transversal de Reichenbach. Saint-Cyr, que tenía á su disposición la soberbia división de Richepanse y que podía llenar con ella el hueco que dejaba en su cuerpo la ausencia de Ney, no titubeó más; juzgó que si llegaba á ser arrollado el destacamento situado delante del desfiladero que precedía á

Biberach, la derrota de este cuerpo de ocho á diez mil hombres sería cosa mucho más grave que la derrota de una mera vanguardia, y que no podría menos de decaer con ella profundamente el ánimo del enemigo; por lo cual, sin tomar siquiera el tiempo necesario para disponer sus tropas á un ataque, mandó se adelantasen á paso acelerado los diez y ocho batallones y veinticuatro escuadrones que conducía, impeliéndolos hacia los diez mil austriacos que cortaban el paso del desfiladero. Desbaratados éstos con tan poderoso y repentino choque, se precipitaron en confusión en Biberach y por el valle del Riess. Fácil era hacerlos á todos prisioneros, pero no quiso Saint-Cyr, temiendo que si permitía á sus soldados perseguirlos, no podría volver á reunir sus divisiones para la operación principal en que debían maniobrar; por cuya razón se contentó con entrar en Biberach, establecerse en él y asegurar la conservación de los almacenes. Después de haber guarnecido convenientemente aquel punto, para tener una retirada segura en cualquier evento desgraciado, atravesó el Riess; Richepanse acababa de llegar sobre su derecha por el camino de Reichenbach, y reforzado con esta nueva división pasó Saint-Cyr por el puente de Biberach y se adelantó en persona á observar la posición del enemigo. En aquel momento las tropas que tan impetuosamente habían sido arrolladas y lanzadas al Riess volvían á subir por entre las filas del ejército austriaco, que se abrían para dejarles paso, y fácilmente podía reconocerse á su aspecto la turbación que en este ejército reinaba. Envió Saint-Cyr unos cuantos cazadores á molestar con sus tiroteos al enemigo, sin que se presentasen otros cazadores de la parte contraria para arrojarlos al barranco. Respondían á nuestros tiros sueltos con descargas generales, como suele hacer toda tropa amilanada que procura cobrar aliento metiendo ruido. Saint-Cyr en el campo de batalla era uno de los tácticos más diestros que hemos tenido nunca; viendo el estado del ejército austriaco, tomó inmediatamente su partido; hizo formar en dos columnas las divisiones de Thurreau y de Baraguay, formó una tercera con la división de Richepanse, y colocó la caballería escalonada sobre sus alas. Hecha aquella evolución, hizo marchar todas sus columnas á la vez; treparon éstas con serenidad incomparable las cuestas de Mettenberg; los austriacos, viendo aquellos soldados asaltar con tanta calma una posición formidable, desde donde un ejército tres veces superior en número podía precipitarlos á los pantanos de Riess, se sintieron sorprendidos de admiración y de espanto. Mandó Mr. de Kray hacer un movimiento retrógrado y sus soldados, al ejecutarlo, no correspondieron á su deseo, porque después de haberse tiroteado sin concierto cedieron el terreno de Mettenberg y acabaron por una desordenada fuga, dejando á las tropas de Saint-Cyr muchos miles de prisioneros y almacenes inmensos que sirvieron para alimentar al ejército francés mucho tiempo. No fueron los austriacos perseguidos porque cerró la noche. Llegó Moreau mientras pasaban estas cosas, y aunque resentido de antes con Saint-Cyr, al día siguiente, en presencia de Carnot, ministro de la Guerra, le tributó un homenaje de satisfacción cumplido: supo en esta ocasión, libre de los peligrosos amigos que en el cuartel general le rodeaban, manifestarse justo con un lugarteniente que había vencido en su ausencia y sin sus órdenes.

El ejército francés quedaba plenamente victorioso; los austriacos no eran ya capaces de detenerle, y bastábale continuar adelantando. Mr. de Kray, no se sabe por qué, separó un destacamento para defender los almacenes de Memmingen.

Estaba Memmingen situado sobre el camino que seguía Lecourbe, por lo cual fué ocupado, derrotado el destacamento y tomados los almacenes. Era el 10 de mayo (20 floreal): el 11 y el 12 se retiró definitivamente hacia Ulm, y Moreau continuó marchando siempre en una dilatada línea casi perpendicular con el Danubio. El 13 de mayo se hallaba al otro lado del Iller, sin haber encontrado resistencia formal al pasar este río. La derecha y la reserva estaban situadas en Ungerhausen, Kellmüntz, Iller-Aicheim é Illertissen. Saint-Cyr fué enviado á la confluencia del Iller con el Danubio, para que, atravesándole, ocupase el puente de Unterkirchberg y se uniese con Sainte-Suzanne que se adelantaba por la orilla izquierda de este río. Desde la abadía de Wiblingen, donde se hallaba la división de Ney y donde tenía Saint-Cyr su cuartel general, se podían ver distintamente las tropas austriacas en el vasto campo atrincherado de Ulm. Los dos ejércitos acababan de reforzarse con todos sus cuerpos destacados: el mariscal de Kray había llamado á Mr. de Kienmayer pocos días antes, y después á Mr. de Sztarray; Moreau tenía sus fuerzas completas con la llegada del cuerpo de Sainte-Suzanne. Ambos ejércitos habían sufrido sus pérdidas, pero la de los austriacos era mucho más considerable que la nuestra; calculábase en unos treinta mil hombres entre prisioneros, muertos y heridos. La historia sobre este punto tiene que reducirse á meras conjeturas, porque en los días de batalla suelen siempre los generales atenuar sus pérdidas, y cuando se trata de reclamar auxilios del gobierno exageran constantemente el número de muertos, heridos y enfermos. Jamás se sabe con exactitud el número total de los soldados presentes sobre las armas. Mr. de Kray, que entró en campaña con ciento diez ó ciento quince mil hombres de ejército activo y treinta y cinco ó cuarenta mil en las plazas, debía contar ahora todo lo más con unos ochenta mil, pero extenuados por las fatigas y completamente desmoralizados.

Valuábase la pérdida del ejército francés en unos cuatro mil muertos, seis ó siete mil heridos, algunos enfermos de fiebre y varios prisioneros, entre todos doce ó trece mil hombres de baja, de los cuales podrían volver á servir cuatro ó cinco mil después de un poco de descanso. Reducía este cálculo por ahora á noventa mil soldados poco menos el ejército activo de Moreau, pero con arreglo al convenio firmado con el general Berthier al abrirse la campaña, tenía que desmembrarlo con un grueso destacamento. Habíase estipulado en dicho convenio que, una vez repelido Mr. de Kray á ocho ó diez jornadas más allá del lago de Constanza, se replegaría Lecourbe sobre los Alpes para reunirse con el ejército de reserva. Los peligros que corría Massena hacían urgente la ejecución de lo tratado, y no era por cierto el vano deseo de detener á Moreau en la carrera de sus triunfos lo que hacía reclamar de él el envío del cuerpo de Lecourbe, sino la más legítima de las causas, cual era libertar á Génova y á la Liguria. El ejército de reserva, reunido á costa de tantos esfuerzos, no contaba

más que cuarenta mil hombres de tropas aguerridas, y bien había menester un esfuerzo para ponerle en disposición de intentar la operación extraordinaria que debía llevar á cabo por la cima de los Alpes.

El primer cónsul, que tenía premura de maniobrar por la parte de Italia, queriendo al mismo tiempo guardar miramientos con Moreau y asegurar sin embargo la ejecución de sus órdenes, eligió al mismo ministro de la Guerra Carnot para que llevase al cuartel general del ejército del Rhin la orden formal de destacar á Lecourbe hacia el San Gotardo. Las cartas que acompañaban á aquella orden estaban llenas de expresiones cordiales y de razones irresistibles; bien sabía el primer cónsul que no le enviaría con Lecourbe los veinticinco mil hombres estipulados, pero se daba por satisfecho con que le enviase solamente quince ó diez y seis mil.

Moreau recibió á Carnot con disgusto; no obstante, ejecutó aquél con fidelidad las órdenes que le comunicó el ministro, el cual, á fuer de buen ciudadano, dispuso las sospechas que hubieran podido ofuscar el ánimo de Moreau, débil y fácil de engañar, é hizo renacer en él la confianza en el primer cónsul que algunos mal intencionados cizañeros se proponían destruir.

Algunos historiadores que desde el 1815 acá han querido lisonjear á Moreau, han dado veinticinco mil hombres al destacamento desmembrado del ejército de Alemania. El mismo Moreau, contestando al primer cónsul, no le valuaba en más de diez y siete mil ochocientos hombres, y este número era en realidad exagerado; no pasaron por la Suiza para atravesar el San Gotardo más de quince á diez y seis mil soldados, quedándole á Moreau cerca de setenta y dos mil combatientes, y de allí á poco setenta y cinco mil por las altas de los hospitales (1). Contaba, pues, con fuerza superior á la que había menester para batir á ochenta mil austriacos, pues en efecto no tenía Mr. de Kray mayor número, y se hallaban completamente abatidos, incapaces de sostener el menor encuentro serio con los franceses.

Moreau, para no cercenar su ejército á vista del enemigo, le dejó subsistir en la situación que ocupaba y entresacó de todos los cuerpos existentes los diez y seis mil hombres destinados al primer cónsul, con lo cual se disimuló lo mejor que se pudo la disminución de la fuerza. Quiso quedarse con Lecourbe, que por sí solo valía muchos miles de soldados; concediósele que permaneciera en su compañía, y confióse el mando del destacamento al bizarro general Lorges. Carnot se restituyó inmediatamente á París después que vió ponerse en camino las tropas destinadas á atravesar el San Gotardo.

Verificóse aquella operación en los días 11, 12 y 13 de mayo (21, 22 y 23 floreal). Quedaron en el ejército francés cerca de setenta mil combatientes, sin contar las guarniciones de las plazas, la división de la Helve-

(1) Estas cantidades resultan de la misma correspondencia de Moreau, cuyos cálculos son notoriamente exagerados en su propio favor. Moreau no da más que 650 hombres á sus batallones, y 700 á los del destacamento enviado á Italia; cálculo que no puede menos de ser erróneo, pues si envió los cuerpos tales como estaban, la misma reducción de fuerza debió haber en unos que en otros. (N. del A.)